

MÁRTIRES, TESTIGOS DE LA FE

El martirio es el signo más auténtico de la Iglesia de Jesucristo: una Iglesia formada por hombres, frágiles y pecadores, pero que saben dar testimonio de su fe vigorosa y de su amor incondicional a Jesucristo, anteponiéndolo incluso a la propia vida. Dado que los mártires son personas de todos los ámbitos sociales, que han pasado su existencia haciendo el bien y que han sufrido y han muerto renunciando a salvar su vida y perdonando a quienes los maltratan, nos sitúan ante una realidad que supera lo humano y que nos invita a reconocer la fuerza y la gracia de Dios actuando en la debilidad de la historia humana. (*Mensaje de la Conferencia Episcopal Española*)

CANTAMOS: *No pongáis los ojos en nadie más que en Él...*

Lectura del santo Evangelio según San Juan 12, 24-26

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Os aseguro que si el grano de trigo no cae a tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna. El que quiera seguirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo premiará.»

PPS Lo entregaron todo, de una sola vez,
y sólo buscaron Evangelio y Paz,
y se jugaron la vida
como aquél de Nazaret (2).

**SÍ, FIRMES, DIERON VIDA,
SIN TEMER NADA, CON AMOR.
CANTANDO SU ALEGRÍA,
SIEMPRE FIELES A DIOS.**

Ese fue el milagro de la sencillez,
que su vida fuera oración y amor.
Apostolado alegre,
hecho en silencio y con fe (2).

AMENAZADO DE VIDA (*Declamado entre dos*)

Dicen que estoy "amenazado de muerte"
porque ando en malas compañías
y frecuento zonas conflictivas,
porque no llevo guardaespaldas
y aparezco en medio de las refriegas;
dicen que mis gestos son peligrosos,
que voy por mal camino,
que exagero...
Tal vez.
Pero cuando los que mueren son los otros,
ya me diréis si hay exageración
en algo tan simple como curar y dar consuelo.

Dicen que estoy "amenazado de muerte"
porque soy un lázaro cualquiera,
porque mi piel es distinta,
porque soy extranjero,
porque tengo una vida que no es vida,
porque otros tienen preferencia...
Tal vez.
Pero no me digáis, entonces,
que lo vuestro es vida.
¡Es cultura de muerte, y no me interesa!

Dicen que estoy "amenazado de muerte".
Es una advertencia para intimidarme,
meterme miedo en el alma y en el cuerpo
y dejar que todo siga el curso
que beneficia a los de siempre.
Sea lo que fuere, estoy tranquilo
porque, si me matan, no me quitan la vida.
Me sembrarán contigo
y granaré
desbordando sueños.

Los cristianos no estamos
amenazados de muerte.
Estamos "amenazados de vida".
Porque Tú eres la vida,
aunque estés crucificado
en la cumbre del basurero del Mundo,
o enterrado en arrabales, suburbios y favelas.
Ni yo ni nadie estamos amenazados de muerte
¡Estamos amenazados de vida,
de esperanza, de amor...!
Porque tu hora, Señor, ha llegado,
y recorres nuestro mundo
como río de agua viva.

EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO. Cantamos: *No adoréis a nadie más que a Él...*

A VOSOTROS OS LLAMO AMIGOS (Cada uno hasta el punto y coma y todos lo que está en negrita)

A vosotros que seguís con entusiasmo
sin saber muy bien hacia dónde vamos;
a vosotros que os pesan las normas y leyes
y habéis empezado a desprenderos de ellas;
a vosotros que no tenéis miedo a ser libres
y amáis de corazón a toda persona;
a vosotros os llamo amigos.

A vosotros que escucháis mis palabras
y les dais crédito aunque os suenen extrañas;
a vosotros que acogéis mi Espíritu y proyecto
y con esmero buscáis su crecimiento;
a vosotros que os habéis sacrificado
sin esperar recompensa ni reconocimiento;
a vosotros os llamo amigos.

A vosotros que os reunís en mi nombre
y evocáis mi presencia, vida y sueños;
a vosotros que a pesar de dudas y cansancio
dejáis la tranquilidad de la tierra conocida;
a vosotros que transitáis fronteras con temor
pero despiertos y en mi compañía;
a vosotros os llamo amigos.

A vosotros que no hacéis ascas a lo desconocido
y os adentráis hasta sus entrañas para conocerlo;
a vosotros que dais la cara, arrimáis el hombro
y echáis una mano a quienes aparecen en las aceras;
a vosotros con quienes se puede contar
para toda causa buena, justa y humana;
a vosotros os llamo amigos.

A vosotros que exploráis y cuidáis la realidad
e intentáis transmitirla mejorada;
a vosotros que no os dejáis pervertir
a pesar de vivir en orillas y fronteras;
a vosotros que habiendo salido de vuestra tierra
os negáis a ser extranjeros y a vivir explotados;
a vosotros os llamo amigos.

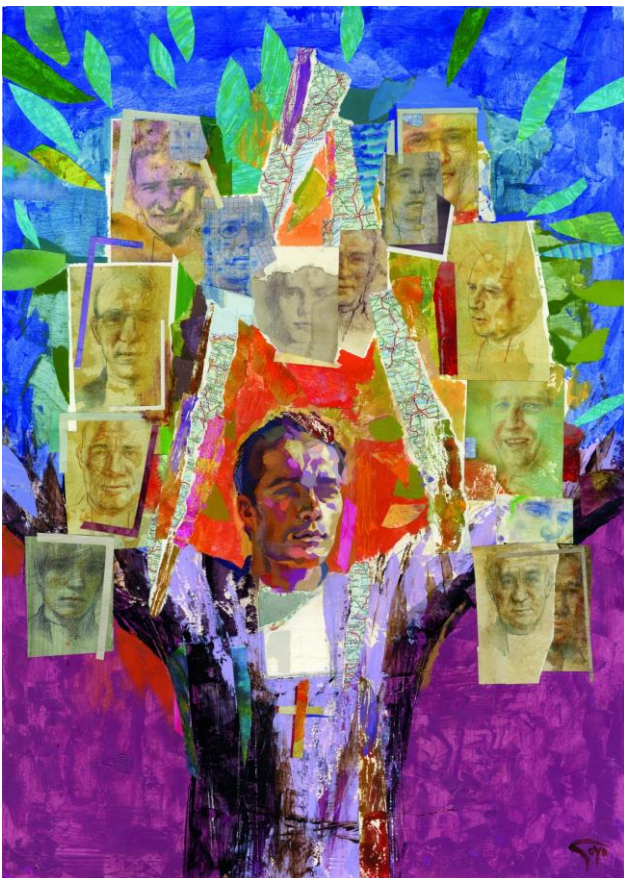
A vosotros que a pesar de vuestra debilidad
no cejáis en vuestro anhelo de caminar;
a vosotros que os mantenéis firmes
y cultiváis experiencias de solidaridad;
a vosotros que no renunciáis a la utopía
y camináis siguiendo mis huellas hacia el Reino;
a vosotros os llamo amigos.

CANTAMOS: *No entreguéis la vida a nadie más que a Él...*

Oración personal y lectura del texto: *A la luz del testimonio de nuestros hermanos mártires*

(Hacemos eco tanto del texto leído como de las oraciones rezadas e intercalamos: *No entreguéis la vida...*)

Bendición del Santísimo. Cantamos: *No adoréis a nadie más que a Él...*



**Gracias, Padre, por el don de la fe
y por el testimonio que los beatos mártires maristas
aportan a la sociedad, al Instituto y a la Iglesia.
Estos sesenta y seis hermanos y dos laicos,
como otros muchos hombres y mujeres,
afrontaron con el coraje de una fe profunda
las dificultades y persecuciones.
Ellos nos animan y nos interpelan
sobre el estilo y vivencia de nuestra fe
y de nuestro seguimiento a tu hijo Jesús.
Con la Buena Madre
te pedimos la fuerza de tu Espíritu
para que nosotros, hermanos y laicos,
maristas de Champagnat,
vivamos en profundidad nuestra fe,
trabajando en favor de los niños y jóvenes,
especialmente los más necesitados,
y sembremos en la sociedad
los valores evangélicos de la fraternidad,
la solidaridad y el perdón.
Beatos mártires maristas, rogad por nosotros.**

A la luz del testimonio de nuestros hermanos mártires

El 13 de Octubre de 2013 será una fecha inolvidable y un día lleno de gracia y alegría para nuestra Iglesia de España y para todo el mundo. La beatificación de 522 mártires de la contienda civil española del siglo pasado. Detrás de estas cifras hay personas concretas, con su rostro y su historia personales, con una biografía única. Estos mártires beatificados están muy próximos: nacieron en nuestra tierra, vivieron en los conventos, enseñaron en colegios, atendieron hospitales y asilos, rezaron y predicaron en nuestras mismas iglesias y, en lo esencial, llevaron una vida muy parecida a la nuestra. Por el camino de la vida llegaron a comprender y a vivir lo que dice el salmista: “Tu gracia vale más que la vida”. Y la gracia no les faltó sino que les sostuvo para mantenerse fieles en momentos de gran dificultad y sufrimiento.

Podemos imaginarnos a muchos de los santos y santas haciendo obras portentosas y llevando una vida extraordinaria. Pero estos hermanos y hermanas nuestros, tan cercanos, andando a diario por los lugares y caminos que nosotros recorreremos, nos hablan de otra santidad: la que se hace en lo cotidiano de la vida, en la fidelidad sencilla al compromiso de seguimiento de Jesucristo, fidelidad probada en el sufrimiento hasta el final con la entrega de la propia vida. Nunca la santidad había estado tan al alcance de la mano, por el camino ordinario y cotidiano de personas “de nuestra misma pasta”.

La muerte de Jesucristo, el mártir por excelencia, no fue un hecho aislado y desconectado de lo que fuera su vida. Más bien fue el momento culminante de toda ella. Así es también para la vida y la muerte de sus discípulos. Nuestros hermanos aceptaron, como todo mártir de la historia cristiana, sufrir una muerte violenta antes que ser infieles al testimonio que habían dado durante toda su vida. Es, pues, ante todo a través de la propia vida -vivida hasta el fondo- como el cristiano llega a ser mártir. En este sentido, el martirio nunca se improvisa, sino que madura en las pequeñas fidelidades de cada momento al seguimiento de Jesús.

Con esta beatificación la Iglesia quiere dar gloria y gracias a Dios y busca el bien de los hombres. Efectivamente, su objetivo es hacernos más fieles en la fe vivida en dificultades, más capaces de perdonar a los demás, más sensibles al sufrimiento de tantas víctimas en nuestro mundo, más trabajadores por la reconciliación y la paz. Por ello, queremos vivir la beatificación como impulso hacia la compasión y la comprensión, hacia una auténtica reconciliación desde la celebración del recuerdo y la alegría del reconocimiento eclesial.

No hay mayor autoridad que la del mártir. Su testimonio es verdadera luz para nuestros pasos. Entre lo que su testimonio nos enseña hay un recuerdo desconcertante, especialmente inquietante para quienes vivimos un cristianismo demasiado cómodo y burgués. Nos recuerdan que seguir a Jesús es peligroso. Permanecer cerca de Él tiene sus riesgos. Hasta que no se experimenta esta amenaza no madura una identidad cristiana y no se comprende el lugar del cristiano en el mundo. Tal vez por ello hay en los mártires un incomprensible “deseo” del martirio, para reproducir totalmente la vida del Maestro. En un cristianismo sin peligro por el Reino se oscurece la esperanza. De ahí que nuestros mártires sean, ante todo, “un signo de esperanza”.

La muerte de los testigos cristianos está unida a las de las demás víctimas de la espiral de la violencia. Nuestros hermanos murieron en una página desgraciada de nuestra historia en la que hubo numerosas víctimas. Su sangre se mezcló con la de muchos hombres y mujeres. Cuando los cristianos recordamos a los mártires no sólo hacemos memoria de los nuestros, sino que recordamos a todas las víctimas, sean del bando que sean, porque todas las víctimas están del mismo lado. La sensibilidad evangélica hacia quienes más sufren hace que no nos moleste, sino al contrario, que veamos y celebremos la misteriosa comunión de todas las víctimas inocentes en la historia de la pasión. Esta sensibilidad al sufrimiento ajeno está por encima de ideologías o políticas, y tal vez sea lo único capaz de librarnos de cualquier tipo de totalitarismo.

Contamos con la intercesión de los nuevos beatos. Cada uno es una antorcha que ilumina. Como hermanos ejemplares, nada nos hará mayor bien que vivir a la luz de su testimonio.

Fr. Francisco Javier Carballo Fernández, O.P.